



ROMANCE QUICKIES

Nicole's Encounter



Monique DuBois

ROMANCE

ENCUENTROS ARDIENTES (EL ENCUENTRO DE NICOLE - 6),



MONIQUE DUBOIS



ROMANCE

Encuentros Ardientes

Monique DuBois

New York • Paris • Guadalajara • Mexico

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Acerca de la autora](#)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Derechos de autor © 2024 Monique DuBois

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información -excepto en el caso de citas breves incluidas en artículos críticos o reseñas-, sin la autorización por escrito del autor.

DESCRIPCIÓN DE LA SERIE

En ***Romance: Encuentros ardientes (El encuentro de Nicole - 6)***, la abogada Nicole toma lo que quiere cuando arrebatata a un arrogante abogado rival. Pero, ¿habrá encontrado finalmente la señorita Tipo A a su verdadero oponente?

Siete amigas que viven en la ciudad de Nueva York. Una competencia inusual. ¿Quién puede tener la mayor cantidad de encuentros íntimos en un mes? Hay diez mil dólares en juego... ***Encuentros ardientes*** son historias breves y ardientes que siguen a un grupo de mujeres en Nueva York que compiten para ver quién puede tener la mayor cantidad de citas casuales en un mes. ¿Qué mujer se acostará con más hombres para ganar la apuesta? ¿Alguna de ellas se enamorará de sus conquistas en el camino?

Reparto de personajes:

Ella: Empresaria con curvas. Le atraen los obreros.

Shae: Modelo rubia y glamurosa. Le atraen los hombres ricos y famosos.

Nicole: Exitosa abogada de divorcios birracial. Le atraen los hombres poderosos y educados.

Allie y Ashley: Alegres gemelas rubias/enfermeras. Les atraen los médicos y los aventureros.

Malia: Agente de libertad condicional latina sexy. Le atraen los machos alfa.

Brooke: Profesora de inglés como lengua extranjera, amante de la diversión y pelirroja. Le atraen los hombres de diferentes culturas.

CAPÍTULO 1



Nicole

NICOLE JACKSON DIO un sorbo a su destornillador y tocó los condones que llevaba en el bolsillo. Una bebida apropiada, ya que planeaba follarse a su juguete favorito esta noche, el primer paso para ganar la apuesta con sus amigas sobre quién podía acostarse con más hombres en un mes.

Desde su posición en el taburete del bar de moda de Manhattan, tenía una buena vista de la gruesa puerta de cristal. En cualquier momento, su colega del bufete, Chris Jewell, entraría en el bar y se uniría a ella para tomar una copa. Bromearían un poco con charlas proverbiales -su rutina habitual- antes de acabar en la cama, como solían hacer después de trabajar juntos en un gran caso. Para una mujer como Nicole, el sexo era una forma estupenda tanto de aliviar el estrés como de celebrar sus habituales victorias en los tribunales. Esta noche, sin embargo, sería puro alivio del estrés, ya que no estaba de humor para celebraciones. Acababa de perder su primer caso, un divorcio de alto nivel entre un multimillonario y su esposa, y estaba furiosa por ello. El abogado de la otra parte, un capullo engreído llamado Calvin Dennison, había hecho algunos chanchullos cuestionables en el juzgado, incluido un testigo sorpresa que afirmaba que la cliente de Nicole, Fifi Brandstone, había tenido sus propias aventuras durante todo el matrimonio, además de poseer importantes cuentas en el extranjero donde había ocultado fondos conyugales. Esto había puesto en tela de juicio todo el caso de Nicole, ya que toda la base de su argumento era que Marvin Brandstone no sólo era un cabrón infiel, sino que valía mucho más de lo que parecía sobre el papel. Al parecer, Fifi Brandstone estaba cortada por el mismo patrón. Mientras estaba ocupada interpretando a la pobre esposa despechada y desamparada, no había revelado ni sus infidelidades ni el hecho de que ella misma valía miles de millones. El juez había desestimado el caso y Nicole le echó toda la culpa al cabrón de Calvin Dennison, que había tenido el descaro de sonreírle victorioso cuando salían del tribunal.

Esta noche, el desventurado Chris Jewell, su habitual amante, pagaría el precio de las transgresiones de Calvin Dennison. Cuando Nicole se enfadaba así, solía desquitarse con sus hombres en la cama. Hacía su propia versión de dominatrix, y sus ligues ocasionales (porque era lo único para lo que tenía tiempo últimamente) tenían que seguirle la corriente si sabían lo que les convenía. Por suerte, Chris Jewell disfrutaba cuando ella le daba órdenes y le apretaba los huevos hasta que chillaba.

Sí, "Big Jewels" (su apodo para él) iba a tener el honor de ser su primer encuentro sexual en su búsqueda por ganar diez mil dólares. Nicole había disfrutado haciendo la apuesta con sus

amigas, un concurso en el que cada una había puesto suficiente dinero para hacer un buen bote. El objetivo: ver qué mujer podía tener más encuentros sexuales ocasionales en un mes.

Por supuesto, Nicole quería ganar. En primer lugar, no soportaba perder, ya fuera un hombre, una apuesta o un caso legal. Por algo su bufete le permitía llevar sus propios casos a los veintiocho años. En segundo lugar, iba a utilizar el dinero para fundar una organización sin ánimo de lucro para mujeres maltratadas en su antiguo barrio de Brooklyn. Llevaba mucho tiempo queriendo llevar a cabo este proyecto, desde que se licenció en Derecho y empezó a ascender hasta convertirse en la mejor abogada de Manhattan, su objetivo. A diferencia de muchas otras mujeres de su barrio, ella había dejado atrás su pasado... un pasado que incluía ver cómo una larga serie de malhechores golpeaban a su madre porque ella no creía que pudiera hacerlo mejor. Luego su hermana se había casado con un borracho maltratador, y el ciclo había continuado.

Nicole había sido la única mujer de su familia que se había salido del modelo familiar. Ya de pequeña sabía que sacar buenas notas era su pasaporte a la libertad y a una vida mejor. Había estudiado mucho y en segundo de bachillerato obtuvo una beca completa para un colegio privado de élite de Manhattan, donde conoció a sus seis mejores amigas. Seguían siendo sus mejores amigas, con las que se reunía en Ella's Cupcakes todos los jueves por la noche para charlar, bromear sobre hombres y compartir detalles de sus vidas, citas y aventuras sexuales.

Cada una de las mujeres pensaba que iba a ganar la apuesta, pero Nicole no lo creía. *Sabía* que sí. Era capaz de tener más sexo casual con más solteros que cualquiera de sus amigas, incluida la bella modelo Shae Benson. A Nicole le encantaba el sexo sin ataduras y disfrutaba de los hombres con la misma seguridad con la que saboreaba una buena comida o una buena botella de vino. Como se deshacía de los hombres cuando se cansaba de ellos, algunos la llamaban "odia-hombres". No era cierto. Nicole amaba a los hombres. Pero nunca iba a dejar que la controlaran como lo habían hecho su madre y su hermana. Los hombres fueron puestos en la tierra para su placer y nada más. Y acostarse con tantos como pudiera iba a permitirle cumplir el sueño de su vida: abrir ese hogar para mujeres maltratadas en su antiguo barrio. A través de la especie masculina, que tanto dolor había causado en su familia, iba a crear un futuro mejor para las mujeres. No se le ocurría mejor justicia poética que ésta.

La puerta del bar se abrió y, por un momento, Nicole creyó ver a "Grandes Joyas". Pero era otro tipo que llevaba un traje gris similar y corbata roja, el conjunto favorito de Chris.

Remueve la bebida y sonríe para sus adentros. A Chris probablemente le subiría mucho el ego si supiera su apodo, pero ella nunca se lo revelaría. No le gustaba acariciar el ego de los hombres. Al contrario, ponía el listón muy alto a los hombres con los que salía y ellos sabían que era casi imposible complacerla. Cuanto más intentaban hacerla feliz, más insatisfecha se mostraba. Chris, sobre todo, se había propuesto llevarla a múltiples orgasmos cada vez que tenían relaciones sexuales, y a veces lo conseguía. Sus grandes pelotas le favorecían. Eran definitivamente excitantes. Fue un golpe de suerte que un hombre con un nombre como Chris Jewell también tuviera las joyas familiares más grandes de Nueva York. En serio, sus huevos eran tan grandes que, en comparación, su pene parecía una salchicha de cóctel, y era un hombre bien dotado. Cada vez que tenían sexo, los testículos de Chris golpeaban su coño como un par de bolas de demolición, lo que, tenía que admitir, la excitaba de una manera enorme. Nunca había estado con un hombre con las pelotas de ese tamaño. Le encantaba ahuecarlos, jugar con ellos y metérselos en la boca (sólo le cabía una cuarta parte de uno a la vez). Chris también sabía que sus testículos eran grandes, porque a menudo se pavoneaba después del sexo, moviéndolos deliberadamente -o eso parecía- de un lado a otro sólo para su beneficio.

Las demás abogadas de la oficina murmuraban sobre su considerable paquete, que siempre era evidente a través de sus pantalones de vestir, y algunas se preguntaban si tomaba Viagra en el baño durante el almuerzo. Algunas incluso especulaban con que llevaba una prótesis de pene sólo para aparentar. Sin embargo, Nicole estaba al tanto de la verdad: Chris Jewell tenía un pito de tamaño medio, pero un impresionante par de ombligos naranjas por testículos, sin la piel suave. De ahí que el apodo de "Big Jewels" fuera perfecto para él.

La puerta se abrió y esta vez entró Chris Jewell, con su habitual traje gris y corbata roja. Ni siquiera se había molestado en ir a casa a cambiarse como había hecho Nicole, lo cual la irritó. Ella se había tomado la molestia de arreglarse para la cita. Sus largos rizos negros habían salido de su moño apretado habitual y llevaba un vestido morado ajustado y tacones de aguja en lugar de su traje y zapatos de salón habituales. Incluso había sacado su bolso de diseño morado a juego, sólo para arreglar las cosas. Se había esforzado, pero era evidente que Chris no se había molestado. Prometió desquitarse con él en el dormitorio, añadiendo treinta minutos más de cunnilingus. No estaría satisfecha hasta que le hubiera dejado la cara en carne viva y tuviera un calambre permanente en la lengua.

Chris incluso había traído a un amigo, ese bastardo desconsiderado. Qué descaro.

Entrecerró los ojos cuando los dos hombres se acercaron. Estaban riendo y hablando de algo, ajenos a su mirada. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció al colega de Chris: el abogado gilipollas que le había hecho perder su gran caso de esta noche.

Calvin Dennison.

Aliarse con el enemigo era un acto de traición imperdonable.

Olvídate de castigar a Chris en la cama.

Apuesta o no apuesta, si Big Jewels pensaba que iba a meterse en sus pantalones esta noche después de esto, estaba muy equivocado.

Cuando los hombres se acercaron, Nicole bebió la mitad de su copa y cuadró los hombros.

Chris sonrió al verla. "Siento llegar tarde. Mira con quién me he cruzado al salir del juzgado". Señaló a Calvin Dennison, que le sonrió con satisfacción.

"Hola, abogado", dijo Calvin con un brillo arrogante en los ojos. "¿Cómo te llamas?"

"Nicole Jackson, abogada", respondió con acritud. "¿Y el tuyo?" Ella sabía muy bien cómo se llamaba él, tanto como él sabía el suyo. Pero dos podían jugar a este juego.

"Calvin Dennison, Esquire." Por supuesto que el imbécil trataría de superarla.

Le tendió la mano, pero ella se negó a estrechársela. En lugar de eso, bebió un sorbo de su bebida, manteniendo los ojos fríamente fijos en los de él.

Frunció los labios y apartó la mano.

Nicole sintió el repentino impulso de estirar la mano y quitarle de la cara aquella mirada petulante y fingida, pero en lugar de eso volvió la mirada hacia Chris y le dijo con tono firme: "He cambiado de opinión sobre lo de esta noche. He decidido que prefiero irme a casa y limarme las uñas de los pies".

Calvin Dennison resopló.

A Chris se le cayó la cara de vergüenza. "¿Qué te pasa? ¿He hecho algo para cabrearte?"

"Claro que no", dijo Nicole. "Sólo necesito que me corten las uñas de los pies. También limarlas. Últimamente están un poco largas y andrajosas".

Calvin soltó una risita y negó con la cabeza. "Me parece estupendo". Se dio la vuelta y llamó al camarero.

Nicole lo miró furiosa, con la rabia burbujeando en su pecho. Quería decirle a Calvin Dennison que estaba tratando de aclarar algo y que, de hecho, tenía unas uñas preciosas y una

pedicura perfecta.

Chris la miraba con las cejas juntas. "¿Seguro que no estás enfadada por algo?". Estaba acostumbrado a sus abusos, así que nunca dejaba de chocarla que actuara tan cabizbajo cuando caía en desgracia.

"Hmm, ¿te parece?", dijo, moviendo la cabeza hacia Calvin, que ahora estaba flirteando con la camarera.

"Oh, ¿estás enfadado por lo de Cal?" Chris se encogió de hombros. "Es un colega de la universidad. No le guardo rencor por el caso Brandstone. Ganas algo, pierdes algo".

Nicole apretó los dientes. "¿Ganar algo y *perder* algo? ¿Te has vuelto loco?"

"Jeez, Nic, sé que eres competitivo, pero ¿no crees que lo estás llevando demasiado lejos? Tus ojos están como locos, como si fueras a arrancarme la yugular".

"Olvídate de tu yugular", espetó, mientras Calvin Dennison se volvía hacia ellos con su bebida. "Tus nueces de gran tamaño van a terminar en un tarro de albañil en mi escritorio".

Chris exhaló y sacudió la cabeza. Se volvió hacia el camarero. "Escocés doble con hielo, por favor. Que sea triple. Y refresque también la bebida de la señora, ya que está".

Calvin Dennison soltó una risita. "Testículos en un tarro de albañil, ¿eh? Suena interesante". Se inclinó hacia Nicole. "¿Interrumpí una disputa de amantes?"

Percibió su aroma, embriagadoramente masculino. Su presencia tan cerca hizo que se le retorciera el estómago, y no de rabia. Maldito fuera su cuerpo. Siempre respondía a los hombres carismáticos.

"Difícilmente", replicó Nicole. "Sólo somos follamigos casuales, ¿vale? No es que sea asunto tuyo".

Se rió entre dientes. "Compañeros de sexo, ¿eh? Interesante". Sus profundos ojos marrones se clavaron en los de ella, que lo miró desafiante. Si este tipo pensaba que iba a flirtear con ella, se merecía otra cosa.

"Parece que 'interesante' es tu palabra favorita", dijo con sorna. "¿No tienes un diccionario de sinónimos?"

"Interesante", respondió de nuevo, levantando la comisura de los labios. Su mirada se clavó en la de ella.

Puso los ojos en blanco y apartó la mirada. Este tipo era otra cosa. Revolvió el hielo de su bebida sin saber qué hacer. Le gustara o no, había algo en él que la inquietaba. La inquietaba. Y la cabreaba sobremanera.

Cuando le devolvió la mirada, la estaba evaluando audazmente de pies a cabeza.

Sus ojos recorrieron audazmente su salvaje melena rizada, bajaron hasta sus amplios pechos acentuados por el ceñido vestido, y volvieron a subir. Era como si la acariciara con la mirada. Enamorándola con sus ojos almendrados y profundos. Unos ojos tan malditamente sexys que deberían estar prohibidos.

Se inclinó y susurró: "Se te ve el sujetador".

Siguió su mirada hasta su escote. El vestido se le había caído de un hombro, dejando al descubierto el tirante del sujetador morado a juego. Se lo subió de un tirón y lo fulminó con la mirada, justo cuando el camarero le ponía otro destornillador delante.

Cal se inclinó más hacia él. "Deberías saber que el morado es mi color favorito".

"Bien, porque de ese color será la cuenca de tu ojo cuando mi puño conecte con ella". Agitó una mano delante de él. "Si sabes lo que te conviene, no te metas en mi espacio". Le dio la espalda y bebió un sorbo.

Él se rió detrás de ella, y entonces su voz estaba en su oído otra vez. "¿Eres así de luchadora

en la cama?"

Nicole se giró hacia él. "¿No se supone que deberías estar en algún sitio? ¿Como celebrando la victoria que robaste por un tecnicismo con tu escoria de cliente?"

Sonrió. "Ah, así que de eso se trata. Todavía guardando rencor por mi estupenda victoria, ¿eh?"

Resopló. "Estupenda victoria. Parece que encontró su diccionario de sinónimos después de todo, abogado. La única parte de esa descripción con la que estoy de acuerdo es la que suena a estupidez".

Arrugó el rabillo del ojo. "No deberías desquitarte con gente inocente".

"Pobre deporte, mi culo. No sé de qué demonios estás hablando".

"¿Ah, sí? Le acabas de decir a mi colega Chris que le ibas a quitar la pelota, y ahora me amenazas con ponerme un ojo morado. Suena como un mal deporte para mí".

Dio un largo trago a su bebida y lo miró por encima del borde del vaso. Este imbécil se lo estaba buscando.

Chris terminó de firmar el recibo de su tarjeta de crédito y se volvió hacia ellos. "¿He oído mi nombre?"

"Sí", dijo Nicole, y se bebió el resto de su bebida. "Mientras estabas de espaldas, tu colega me decía que le gustaría meterse en mis pantalones. Vaya amigo, ¿eh?" Dejó el vaso de un golpe y se levantó. "Os dejo en buena compañía. Me llaman las uñas de los pies". Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

"Te enviaré un mensaje más tarde", dijo Chris tras ella. "Tal vez podamos reunirnos después de que te calmes".

Ni de coña voy a dejar que me pegues con tus bolas de demolición esta noche. ¡Te enviaré al depósito de chatarra, nena!

Sin darse la vuelta, le miró por encima del hombro. Hecha una furia, salió por la pesada puerta de cristal a la fresca noche de Manhattan. La acera estaba repleta de gente vestida de fiesta y los taxis tocaban el claxon mientras competían entre sí por los clientes.

Nicole estaba de pie en la acera, tiritando en su fino vestido y tratando de averiguar qué hacer con su noche. La brisa fresca de la noche ayudó a calmar un poco su furia.

Pero se reavivó cuando miró a través de las ventanas del bar y vio a Chris hablando con una tonta con tetas falsas. No es que le importara, ya que Big Jewels no era nada para ella aparte de un polvo fácil. Lo que realmente le irritaba, sin embargo, era el hecho de que él no pudiera esperar hasta que ella se hubiera ido del todo antes de pasar a su siguiente conquista. Le había faltado al respeto dos veces en una noche, y eso rompía el trato. Ni siquiera las joyas de su ilustre familia podían salvar la aventura casual pero divertida de la que habían disfrutado los últimos meses. Se había acabado. Esto la llenó de un ligero pesar. Los echaría de menos. A él no, claro. A ellos.

Sin embargo, lo que realmente encendió su ira fue ver el rostro engreído y apuesto de Calvin Dennison mirándola fijamente a través de las ventanas de cristal.

Cuando sus miradas se cruzaron, se dio cuenta de que, además de la rabia que sentía, tenía una sensación en el vientre: el familiar aleteo que se producía cuando se sentía atraída por alguien.

Maldito sea. ¡Maldito Calvin Dennison! A él no. Se negaba a sentirse atraída por ese vil bastardo.

Pero, efectivamente, ahí estaba. Su cuerpo reaccionaba contra su voluntad. Las mariposas le revolotearon en el estómago cuando él la miró fijamente a través de la ventana con aquellos ojos

oscuros y enigmáticos. Ella le devolvió la mirada desafiante. Sin embargo, a pesar de su postura exterior, la expresión del hombre le apretó el corazón y sintió que sus bragas empezaban a humedecerse. Apretó los dientes y se armó de valor. *No iba a* permitir que su cuerpo la traicionara de aquella manera. ¿Cómo se atrevía Calvin Dennison a entrar en su vida y hacerle esto después de robarle uno de sus casos más importantes?

Se cruzó de brazos y le miró con desprecio. *Ni lo intentes, colega.*

Levantó su copa hacia ella a través de la ventana, sonriendo satisfecho. Era como si lo supiera. Sabía lo que ella pensaba. Sabía lo que le estaba haciendo. Y le encantaba cada minuto.

Maldito sea.

Se dio la vuelta y se marchó enfadada calle abajo.

CAPÍTULO 2



NICOLE ESTABA a medio camino de la estación de metro cuando se dio cuenta de que había olvidado su bolso de diseño en el bar. En ese momento, oyó unos pasos detrás de ella. Se giró, dispuesta a golpear a cualquier atracador en la cara con su duro gancho de derecha, aprendido tras años de peleas callejeras en el barrio.

En lugar de eso, se vio acosada por Calvin Dennison, que se le acercaba a toda prisa. Se detuvo y sonrió, y luego sostuvo su bolsa púrpura

"Olvidaste algo".

Ella se lo cogió y lo abrió. "Espero que no falte nada. Conociendo tu carácter, no puedo estar muy segura".

"Vaya, ¿qué tal un gracias?"

¿"Gracias" por qué? ¿Por robarme el maletín? ¿Y ahora mi bolso?"

Se acercó y sus labios se curvaron en esa sonrisa frustrante. "No te he robado el bolso. Ni tu caso. Gané el juicio limpiamente, y lo sabes".

"Tus tácticas dejan mucho que desear".

"Admítelo, tu cliente era tan cabrón mentiroso como el mío. Ambos tienen lo que se merecen".

"¿Qué es qué?"

"El uno al otro".

"¿De qué estás hablando? Se están divorciando. Y a mi cliente le quitaron la pensión alimenticia que le correspondía".

Resopló. "Sí, claro. En todo caso, ella debería pagarle. Pero nada de eso importa, de todos modos. Vuelven a estar juntos".

Se quedó boquiabierta. "¿Qué quieres decir con que están juntos de nuevo?"

"Los vi fuera de la sala del tribunal. Se estaban abrazando y besando, y luego él le dijo que todo aquello le había excitado. Dijo que había visto un lado diferente de ella que le excitaba. Le oí decir que dejaría a su amante si volvía con él. Ella aceptó y salieron juntos del juzgado".

"Estás de broma".

"En absoluto". Sus ojos marrón chocolate se clavaron en los de ella.

"Así que todo ese asunto... todo el dinero que gastaron en el proceso de divorcio... ¿fue para nada?"

"Yo no diría que fue por nada. Salvaron su matrimonio, ¿no?"

Se cruzó de brazos. "Ese no es el punto de la corte de divorcio."

"A veces es así. A veces la gente aprende lo que se ha estado perdiendo. Se dan cuenta de lo que es importante".

Se burló. "No suenas como un abogado de divorcios. Suenas como un consejero matrimonial".

"¿No cree que un buen abogado de divorcios puede ser también un consejero matrimonial? Me gusta asegurarme de que mis clientes toman la decisión correcta. No me limito a aceptar su dinero".

"Han tomado la decisión correcta si han acabado en el tribunal de divorcio en primer lugar. No sirve de nada mirar atrás. No sirve de nada cuestionar una decisión".

"¿Siempre se atiene a su resolución, Srta. Jackson?"

"Siempre". Se cruzó de brazos.

"¿Estás seguro de eso?"

"Sí."

De repente, alargó la mano y tiró de ella. Antes de que pudiera reaccionar, su boca estaba sobre la suya. La electricidad le recorrió las venas al sentir sus labios cálidos e insistentes. También olía tan bien. Su sabor era aún mejor. Dejó caer el bolso y, contra su voluntad, sus manos encontraron el pelo de él. Luego se besaron apasionadamente, sus labios y sus lenguas se buscaron y se encontraron. El tiempo se esfumó y el zumbido de la ajetreada calle de Manhattan pasó a un segundo plano.

De repente, Nicole volvió en sí. *¿Qué demonios estoy haciendo? ¡Es Calvin Dennison! Le empujó.*

Sonrió satisfecho. "Sabía que me deseabas".

"Contrólese, abogado. Tu ego no te hace ningún favor".

"Tu cuerpo traiciona tus palabras".

"¿En serio?"

"Sí". Sus ojos se clavaron en los de ella. "Tu cuerpo está suplicando que lo toque. Míralo".

Siguió su mirada hasta sus pezones, que se erguían en el aire frío de la noche. Sus duras puntas sobresalían a través de la fina y sedosa tela del vestido.

"Hace frío afuera. Mis faros no tienen nada que ver contigo".

"Uh huh. Sigue diciéndote eso". La atrajo para darle otro beso, pero esta vez ella lo apartó.

"No puedes coger lo que quieras. No funciona así". Se agachó y cogió su bolso.

"Para mí sí", respondió. Levantó los labios mientras la miraba.

"Bueno, para mí no". Se dio la vuelta y se alejó hacia la estación de metro. Entonces se detuvo, dándose cuenta de algo. Acababa de dejar una conquista en el bar y ahora tenía otra, infinitamente más atractiva, en la puerta. Si alguna vez quería ganar la apuesta con sus amigas, no podía ir rechazando prospectos viables. Y este tipo, el delicioso y exasperante Calvin Dennison, era más que una posibilidad viable. Era una invitación abierta.

Sería divertido enseñarle un par de cosas sobre quién tenía el control aquí. Nunca había conocido a un hombre al que no conquistara al final y consiguiera que cumpliera sus órdenes, y Calvin Dennison no iba a ser la excepción.

Se volvió. Él seguía de pie donde ella lo había dejado, mirándola fijamente.

"¿Tiene dudas, señorita Jackson?", preguntó con una sonrisa burlona.

Se dio la vuelta y caminó hacia él con decisión. Cuando lo alcanzó, lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él con fuerza. Le plantó un beso largo y lleno de lujuria en los labios. Se besaron así durante un largo rato, buscando con las manos el cuerpo del otro. Cuando ella se apartó, ambos respiraban agitadamente.

"Aclaremos una cosa", dijo. "Yo tomo las decisiones aquí. No tú".

"Lo que tú digas", respondió con una sonrisa. "Mi objetivo es complacer".

"Bien. Mientras tengas eso en mente, nos llevaremos bien". Le cogió de la mano. "Sígueme. Tengo una idea".

"Más vale que sea buena. No acepto órdenes de cualquiera, ya sabes".

"Oh, no te preocupes. Vas a apreciar lo que tengo planeado".

* * *

UNAS MANZANAS MÁS ADELANTE, Nicole encontró el callejón lateral que buscaba. Era un pasillo oscuro y estrecho entre un edificio de apartamentos y el restaurante donde solía trabajar cuando estudiaba Derecho. Ella y sus compañeros se escapaban allí para fumar, cuando no le importaba contaminarse los pulmones en nombre de la camaradería laboral.

"Allá vamos", dijo Nicole, guiando a Cal por la estrecha franja de oscuridad. "El lugar perfecto para un encuentro rápido". Apoyó la espalda contra una pared de ladrillo y se volvió hacia él. En aquel estrecho pasillo, parecía grande, casi corpulento. Sus anchos hombros y su altura le daban un aspecto de imponente atractivo. No se había dado cuenta de lo alto que era.

Miró a su alrededor. "Cielos, ¿no podrías encontrar un lugar con un poco más de ambiente?"

"¿Por qué necesitamos atmósfera? Los dos estamos aquí para una cosa. No compliquemos las cosas cuando lo rápido y fácil servirá".

"¿Quién habló de rápido y fácil?", dijo. "Me gusta alargar un encuentro sexual. Ir despacio, saborear la experiencia. Y te aseguro que no soy nada fácil".

Ella exhaló. "Podrías haberme engañado. Para que lo sepas, estoy aquí para excitarme. No necesito palabras dulces o largos y prolongados preliminares. Y para que lo sepas, yo no hago mamadas. Nunca".

Exhaló. "Wow, eso es un fastidio."

Se cruzó de brazos. "Tómalo o déjalo".

"Tómalo. Pero para que lo sepas, me gusta conocer a una mujer antes de tener sexo con ella. Para que ninguno de los dos se sienta como una puta". Sus ojos, reflejados en la tenue luz que emanaba de los apartamentos sobre ellos, le brillaron.

Ella resopló. "No tengo ningún problema con que ninguna de las dos seamos putas".

"Sígueme la corriente. Háblame de ti. Sólo por diversión".

Ella exhaló. "Vale, si insistes. Aquí está la versión CliffsNotes". Habló apresuradamente. "Soy una orgullosa mujer birracial de Brooklyn, criada por una madre soltera, estudié derecho y me gusta follar. ¿Qué tal eso para una autobiografía?"

"No te andas con rodeos, ¿verdad?" La miró a los ojos con la luz filtrada. "Yo también soy birracial. Madre japonesa, padre puertorriqueño".

Eso explica su aspecto exótico. Qué hermosa combinación...

"Mi madre es blanca y mi padre negro", respondió.

"Me encanta que seas mestiza. Una de las muchas cosas que tenemos en común".

"No tenemos nada en común, salvo el hecho de que ambos somos abogados que acabaron juntos en un callejón oscuro".

"Ambos somos birraciales. Eso debe contar para algo".

"Así es. Debe ser por eso que somos tan sexys". Le dedicó una sonrisa tímida. *Bien podría conseguir este espectáculo en el camino.*

"¿Estás diciendo algo agradable por una vez? Es la primera vez".

"Oh, soy capaz de ser agradable. Muy, muy agradable. Sólo tienes que caerme bien". Extendió la mano y enganchó la trabilla de su cinturón para acercarlo.

Se inclinó sobre ella, apoyando las manos en la pared a ambos lados de su cara. La miró a través de la oscuridad. "Si eres tan buena, ¿por qué no das la cabeza?"

"Nunca me verás de rodillas ante nadie". En su mente se agolparon visiones -recuerdos no deseados y prohibidos- de su madre arrastrada por el pelo y obligada a arrodillarse para suplicar ante otro novio maltratador.

Nicole apartó la mirada, se mordió el labio y respiró hondo para serenarse. Cuando volvió la vista, Calvin la miraba fijamente con una extraña expresión en sus ojos almendrados. Le sostuvo la mirada con firmeza, desafiándole a que siguiera insistiendo en el tema.

"Bien", dijo Cal tras una larga pausa. "Seguro que tienes tus razones".

"Sí, quiero". Se inclinó hacia él y le rozó la oreja con los labios. "Siempre tengo una razón para todo".

"¿Y cuál es tu razón para seducirme esta noche?", preguntó, con voz grave y ronca. "¿Mi innegable atractivo?"

"En absoluto", mintió. "De hecho, te encuentro bastante repugnante. Te lo dije, estoy aquí para conseguir un poco".

"No eres de los que se andan por las ramas, ¿verdad?"

"Depende de qué arbusto estemos hablando". Le desabrochó la camisa y se la abrió de un tirón. Pasó las manos por su pecho cincelado y muy bonito. Respiró agitadamente. No se lo esperaba. Sí, había estado antes con hombres bien dotados, y algunos tenían mejores atributos que otros (Big Jewels era un buen ejemplo), pero nunca se había encontrado con un hombre con ese tipo de cuerpo. En la penumbra de las luces de la ciudad, vislumbró unos pectorales definidos, unos hombros anchos y un vientre prieto. Cuando vio el tamaño de su excitación, abultada contra sus pantalones de vestir, inhaló.

Santa madre de Dios.

La estaba volviendo loca.

Y ella iba a soplar su...

CAPÍTULO 3



CON EL CORAZÓN LATIÉNDOLE DEPRISA, Nicole recorrió con las manos los hermosos pectorales y el duro vientre de Cal. Estaban los dos solos en el oscuro y estrecho callejón. Más abajo, los coches pasaban periódicamente por la calle lateral. Por suerte, estaban tan escondidos en la oscura grieta entre las dos paredes de ladrillo y bajo una escalera de incendios que era poco probable que alguien los viera.

Nicole recorrió con los dedos las crestas de los abdominales de Cal, saboreando la sensación de sus músculos definidos.

"Me tratas como a un trozo de carne", dijo con una nota de humor en la voz. "Es como si nunca hubieras estado con un hombre atractivo".

Menudo ego.

Le puso un dedo en los labios. "Sólo una sugerencia. No hables. Eres mucho más atractivo cuando no abres la boca".

Rápidamente se metió el dedo en la boca, sobresaltándola. Su lengua se deslizó por el dedo, arriba y abajo.

Inhaló la dulce y húmeda sensación de su boca sobre su piel. Él succionó, pasando la lengua por encima y alrededor de su dedo. Su vientre se tensó. Si era tan bueno con la lengua, se moría de ganas de ver qué más podía hacer con ella...

Le quitó la camisa de un tirón y tiró de la hebilla del cinturón. Él la ayudó y pronto se quedó en calzoncillos blancos ajustados. Dios mío, era guapo. Y él también lo sabía. A través de la oscuridad, ella pudo ver el contorno de su habitual sonrisa arrogante curvándole los labios.

Estiró la mano y le pasó un dedo por la erección. Su longitud se perfilaba contra los calzoncillos, hinchada y muy dura. Sus pelotas no eran enormes como las de Chris, pero su polla lo compensaba con creces. En sus manos, parecía un pepino inglés con esteroides. Se moría de ganas de que se la clavara.

"¿Te gusta?", susurró él, aún de pie, con las manos apoyadas en la pared, a ambos lados de la cabeza de ella. Era como si le permitiera manipularlo, tratarlo como a un juguete, hasta que ella estuviera lista... y entonces se abalanzara sobre él. Esa era la sensación que ella tenía. Su cuerpo estaba enroscado como un tigre observando a su presa, esperando el momento justo...

"Me gusta más que eso", susurró. "Es..."

La silenció con un beso poderoso, que lo consumía todo. No fue un beso dulce ni mucho menos. Fue un beso devorador, un reclamo. Su beso la tomó como si le perteneciera. Como si estuviera hambriento y ella fuera el último bocado de comida que quedaba en la tierra.

Su cuerpo la aprisionó contra la pared, y ella pudo sentir el calor de su cuerpo irradiando en el suyo y su dura longitud presionando contra su vientre. Sentía que el corazón le latía con fuerza

en el pecho, lo que la sorprendía porque delataba una pasión descontrolada que latía a fuego lento bajo su fría y serena apariencia.

Ella deslizó las manos por la nuca de él y le pasó los dedos por el pelo oscuro y ondulado de la nuca. Él profundizó el beso, su lengua se deslizó por sus labios y se entrelazó con la de ella. Sus manos se deslizaron por sus pechos y luego por su cintura y caderas. Le levantó el dobladillo del vestido y deslizó las manos por los muslos hasta encontrar las bragas. Tiró con fuerza y ella oyó un sonido de desgarro. Levantó el trozo de tela de encaje morado, sonrió y lo tiró a un lado.

"Maldito seas", gruñó en voz baja. "Esos eran caros".

Ignorándola, capturó de nuevo su boca con la suya. Al mismo tiempo, sus manos abrieron las piernas de ella e introdujo un largo dedo en su humedad. Ella jadeó ante la deliciosa sensación. Él penetró más profundamente, metiendo y sacando el dedo por encima de su clítoris hinchado, hasta que a ella le temblaron las piernas. Más deprisa, hasta que sus piernas se agitaron y ella empezó a perder el control.

Algo en ella la hizo retroceder, justo antes de que se desbordara.

Maldita sea, él tiene el control.

Ella no tenía nada de eso. Nadie controlaba a Nicole Jackson.

Jadeando, lo empujó contra la pared opuesta con una fuerza que le sorprendió, dada la expresión de su cara. Apretó los pechos contra su torso y tiró de él para besarlo. Esta vez lo estaba reclamando.

Se lo permitió. Mientras se besaban, bajó la mano y le cogió el culo, apretando su cuerpo contra el suyo. Ella sintió la línea gruesa y firme de su excitación entre ellos y se mordió el labio al pensar en tener esa cosa gloriosa dentro de ella. No podría soportarlo mucho más.

Le bajó el bóxer de un tirón y su erección salió, curvándose hacia arriba como un plátano. Mirándola fijamente, la acarició con ambas manos, tentada de llevársela a la boca. Sería la primera vez. Su polla era así de tentadora, así de perfectamente formada. Prácticamente le suplicaba que la saboreara.

Se agachó y puso su mano sobre la de ella. Juntos le acariciaron la polla y ella sintió cómo se endurecía y palpitaba entre sus manos. Con la otra mano, metió la mano en el bolso y sacó un preservativo.

Quitó la otra mano del pene y abrió el envoltorio del preservativo. Mientras él la miraba, ella lo enrolló en su pene con hábil precisión.

"Asegúrate de que tu juguete está listo", dijo divertido.

No se había dado cuenta de que estaba tratando su polla como algo separado de él, como si fuera un consolador humano.

Pero en esencia, eso era todo lo que él era para ella.

Sin previo aviso, la empujó contra la pared opuesta y le subió el vestido de un tirón. Le levantó las piernas para que sus pies no tocaran el suelo. Luego le separó los muslos y se colocó frente a ella. Antes de que pudiera protestar, la penetró con fuerza y rapidez, hundiéndose en su humedad con un gruñido. Ella se retorció contra él. Primero, porque se sentía tan bien llenándola así. Dos, porque odiaba no tener el control. Y tal como la tenía colocada, con las piernas enredadas en sus brazos y la espalda apoyada en la pared con el coño abierto y expuesto para él, estaba a su completa merced.

Volvió a penetrarla, luego la sacó y la introdujo con fuerza. Ella inclinó las caderas para recibirlo más profundamente. Una descarga eléctrica la recorrió y su coño se apretó alrededor de la polla hinchada. Su cuerpo temblaba de placer. Cada vez que él se hundía en sus suaves y húmedos pliegues, lo único que ella podía hacer era jadear y gritar. Comenzó un ritmo de castigo

que no hacía más que intensificar la presión que crecía en ella, ese dolor dulce y desesperado entre sus piernas. La penetró con más fuerza, llevándola a la cima del éxtasis, y se le secó la boca del placer que estaba creando en su interior. Estaba tomando cada centímetro de su cuerpo, poseyéndolo, consumiéndolo...

Entonces algo surgió en ella.

Ella se retorció y pataleó hasta que él se vio obligado a retirarse y bajar las piernas para que sus pies tocaran el suelo. Le puso la mano en el pecho y lo empujó hacia atrás.

"¿Qué haces?", preguntó.

"Te quiero en el suelo", dijo. "De espaldas".

Su cara, medio en sombras, parecía conmocionada. "¿En el puto suelo?"

"Sí. ¿Por qué, tienes miedo de un poco de suciedad?"

La agarró por las muñecas y la acercó a él. Ella podía oler el sudor de su pecho y un ligero aroma a loción para después del afeitado.

"Lo último que temo es ensuciarme", gruñó. Tiró de ella hacia abajo con él. Estaba de espaldas en el suelo, como ella quería, y ella se sentó a horcajadas sobre su torso.

Se quitó el vestido y se desabrochó el sujetador. Sus grandes pechos quedaron al aire. Estaba completamente desnuda encima de él, con sus curvas a la vista bajo las tenues luces de la ciudad.

Levantó la mano y le cogió los pechos. Le acarició los pezones con los dedos, convirtiéndolos en puntas de diamante. Ella vislumbró sus ojos en la oscuridad. Parecían animales, carnales.

Se colocó encima de él y, bajando la mano, buscó su dura polla, aún húmeda por sus jugos. La colocó en el borde de los labios de su coño y se abrió con la cabeza roma y redondeada de la polla. Entonces, con un movimiento repentino, se lanzó sobre él con fuerza.

Gimió y empujó hacia arriba al mismo tiempo, maximizando la penetración.

Apoyó las manos en su pecho y empezó a mecerse sobre él. Sus caderas se abrieron de par en par mientras intentaba satisfacer el insaciable dolor que sentía en lo más profundo de su ser, un dolor que sólo la gloriosa polla de él podía saciar. Él la empujaba repetidamente hacia arriba, correspondiendo a sus embestidas. La llenó hasta el tope, y el calor estalló en su interior al sentir el grosor de su polla penetrando sus paredes. Era tan expansivo que la estiró de un modo que ella no creía posible. Cada embestida profunda en su resbaladizo canal hacía que sus sentidos se estremecieran y que sus paredes internas se estrecharan en torno a él. Estaba perfectamente colocado para golpearla en todos los lugares adecuados. Era la cantidad perfecta de fricción... la cantidad perfecta de todo.

¡Más! gritaba su cuerpo.

El calor la desgarraba. Sus rodillas flaquearon a medida que aumentaba la presión. Se abalanzó sobre él, sintiendo cómo sus músculos internos se aferraban a su vástago, como si fuera a explotar en cualquier momento.

"Sí, nena, así", dijo, con la voz entrecortada. "Entrégate toda a mí".

Entonces cambió de peso. La levantó y la volteó, y de repente, ella estaba de espaldas sobre el suelo frío y duro, y él encima de ella, clavándosela con fuerza. Le levantó las piernas para que se apoyaran en sus hombros.

Arrodillado frente a ella e inclinándose hacia atrás para hacer palanca al máximo, le agarró las piernas con fuerza y la penetró y la penetró con tanta fuerza que sus pechos rebotaron y se movieron en oleadas. Tenía los músculos tensos por el esfuerzo y los ojos cerrados. A la luz tenue, su aspecto era tan sexy que la dejó sin aliento. Sintió que su cuerpo le respondía, devorando su polla hinchada, rindiéndose a su implacable consumo.

Ambos respiraban con dificultad y sus jadeos y gemidos resonaban en el oscuro callejón. Era posible que alguien pasara y los viera, pero a Nicole no le importaba. Lo único que quería era saciar aquel dolor, aquella hambre ardiente y desesperada.

Se arqueó y se agitó bajo él, vagamente consciente del duro cemento y los guijarros sueltos contra su espalda. No le importaba. Por lo que a ella le importaba, podía follársela sin miramientos. Lo único que importaba era el momento: la unión poderosa, sensual y perfecta de su cuerpo con el de él.

Gemidos, quejidos, gritos y maldiciones salieron de sus labios. La presión aumentaba y sabía que estaba al borde del orgasmo.

"Ven por mí", ordenó.

Algo en su tono la desanimó. Soltó las piernas de sus brazos y se incorporó. Le empujó hacia atrás con manos firmes. "No, *tú vienes por mí*".

"Oh, pienso hacerlo", gruñó él, agarrándola e intentando tirarla al suelo de nuevo. Ella le devolvió el forcejeo y luego ambos rodaron juntos por el duro y áspero pavimento, cada uno intentando dominar al otro.

Finalmente la inmovilizó contra el suelo y le separó las piernas. La penetró una vez más, con tanta fuerza que ella no pudo hacer otra cosa que gritar de placer. La rabia se apoderó de ella al ver que él había vuelto a dominarla. Se revolvió contra él, lo que hizo que la penetrara aún más. Se sentía tan bien dentro de ella, pero se negaba a correrse cuando él estaba encima. De algún modo, logró zafarse de él. Intentó subirse encima de él, jadeando y con los pechos balanceándose por el esfuerzo, pero él volvió a darle la vuelta. Ella se agarró a su cuello y tiró de él hacia abajo, y entonces ambos estaban tumbados de lado en el callejón, y él tiraba de una de las piernas de ella hacia arriba mientras le penetraba el coño en ángulo.

El dolor que sentía en su interior estalló por fin y sus gritos carnales llenaron el callejón cuando el orgasmo se apoderó de ella. Sintió que las paredes de su coño palpitaban en torno a su pene, apretándolo con fuerza y contrayéndose rápidamente. Se sacudió salvajemente mientras el placer se apoderaba de su cuerpo, de sus sentidos.

Giró las caderas, empujando con fuerza. Su agarre era fuerte e inquebrantable mientras la penetraba con fuerza. Sus gemidos se hicieron más fuertes. Él maldijo y ella sintió que su polla se hinchaba y latía.

Ella se revolvió contra él, enganchando la pierna libre sobre su cadera mientras él la penetraba con tal fuerza que lo único que pudo hacer fue rendirse, rendirse a él.

"Oh Jesús, oh Jesús", repitió. Cada músculo de su cuerpo se tensó. Sus pectorales estaban resbaladizos por el sudor. Ella sintió cómo se engrosaba y palpitaba, y entonces él soltó un grito bajo, áspero y gutural. Su cuerpo se estremeció, se sacudió y luego rugió, fuerte y fuerte. El sonido masculino y primitivo resonó en las paredes del callejón. En la tenue luz, ella pudo ver sus ojos, vidriosos y distantes mientras bramaba y juraba. Era evidente que había perdido el control. Ella volvió a estallar a su alrededor y su cuerpo se soltó por completo, como un barco desamarrado. A lo lejos, oyó gritos y se dio cuenta de que procedían de ella.

No le importaba si la gente miraba por la ventana y los veía. No le importaba si alguien llamaba a la policía. No le importaba nada más que el placer que la consumía en manos de ese hombre.

Cuando por fin se calmaron sus gritos carnales, se tumbaron con los cuerpos entrelazados sobre el duro asfalto del callejón.

"Joder", dijo, acariciándole el pelo. "Ha sido la primera vez".

"Déjame adivinar, sueles tener sexo dulce y primoroso sobre un edredón de plumas, seguido

de un masaje en la espalda", dijo con una sonrisa socarrona.

"¿Qué te crees que soy, la jodida Martha Stewart?" La ayudó a levantarse del suelo. "Me refería a que nunca había tenido un sexo tan... *feroz*". Encontró su sujetador morado y su vestido y se los tiró.

Sonrió mientras se vestía. "Feroz es una buena manera de describirlo".

Se puso los pantalones y se abrochó la camisa. Juntos se enderezaron lo mejor que pudieron, quitándose el polvo y las piedrecitas de la ropa. Entonces él la acercó a ella.

"Me alegro de que por fin te hayas entregado a mí", le dijo. Le levantó la barbilla y se inclinó para besarla. Pero ella le mordió el labio.

"Tú te entregaste a *mí*", replicó ella. "Creo recordar que sólo uno de nosotros perdió el control".

"Maldita sea, eres una fiera", dijo, sujetándose el labio. Le sonrió de esa manera suya tan exasperante. "No te engañes. Tú también perdiste todo el autocontrol. Todo tu poder. Te entregaste completamente a mí. Lo sentí todo. También lo vi. Y fue genial".

Se cruzó de brazos. "No importa. Tu ego no te dejará creer otra cosa".

Se dio la vuelta, riendo entre dientes, y salió del callejón. Ella lo siguió a regañadientes, furiosa.

En la calle, se volvió hacia ella. Su sonrisa se transformó en una mueca al contemplar su aspecto.

"Pareces un gato callejero".

Se pasó una mano por los rizos salvajes, se quitó el polvo del vestido y le miró fijamente. "Usted tampoco está tan bueno, Sr. Gato Feroz".

Lo miró y soltó una risita. Olvídate de los gatos salvajes. Tenía aspecto de haber sido destrozado en una pelea de perros. Tenía el pelo alborotado, la camisa sucia y los pantalones arrugados. Tenía un rasguño en un antebrazo y otro en la mejilla, producto de su lucha en el suelo cuando ambos luchaban por el poder.

Se miró los brazos y las piernas desnudos y vio moratones, arañazos y cortes. No sabía que se había hecho daño. Al parecer, los orgasmos alucinantes eran anestésicos eficaces.

La miraba con una expresión que ella no podía leer, sus ojos oscuros brillaban en el tenue resplandor de la farola.

"Eres hermosa", dijo de repente. "Tan jodidamente hermosa que es un pecado."

"Ahora estás siendo sarcástico. Apenas soy hermosa en este estado".

Extendió la mano y la acercó. "Me gustan mis mujeres húmedas y salvajes".

"Bueno, ciertamente estoy mojado, lo reconozco."

"Y definitivamente salvaje". Él la miró a los ojos durante un largo momento y ella esperó lo que estaba segura que vendría. Era en ese momento cuando la mayoría de los hombres le pedían su número de teléfono. Y este tipo no sería una excepción. Ella podía verlo en su cara. Ella lo había capturado. Touché. Su trabajo aquí estaba hecho.

No había duda de que iba a pedir volver a verla.

Y ella estaba dispuesta a decirle que no.

Al fin y al cabo, no era más que una conquista (una conquista ganada a pulso). Ella sólo lo había utilizado para la apuesta. Él era sólo uno más en una larga cadena de otros por venir. Cuanto antes lo dejara, mejor.

En lugar de eso, Calvin Dennison hizo exactamente lo que un gilipollas como él haría.

Se dio la vuelta y se marchó sin decir nada más.

Ella le siguió con la boca abierta. Cuando llegó al paso de peatones, se volvió y le sonrió.

"Nos vemos en el tribunal", dijo, y se alejó pavoneándose.

La rabia la golpeó como una bofetada. *¿Cómo se atrevía?* Con esa acción, le estaba demostrando que él tenía el poder, no ella. Sabía que tenía la sartén por el mango, y prácticamente se había regodeado de ello mientras se alejaba con ese arrogante pavoneo.

Él le había dado la vuelta a la tortilla, pero ella estaba decidida a demostrárselo. Iba a hacérselo pagar, aunque tuviera que seducirlo de nuevo sólo para dejarlo retorciéndose de dolor con un par de bolas hinchadas, distendidas y azules.

Pero aparte de que él se marchara esta noche sin mirar atrás, nada la cabreaba más que un simple hecho:

Él no había visto que ella le echara.

¿QUIÉN GANARÁ LA APUESTA? ¿SE ENAMORARÁ ALGUNA DE LAS MUJERES POR EL CAMINO? DESCÚBRELO LEYENDO LA PRÓXIMA ENTREGA DE **ROMANCE: ENCUENTROS ARDIENTES**.

En *Romance: Encuentros ardientes (El encuentro de Ella - 7)*, la curvilínea Ella tiene un apasionado encuentro con un viril trabajador de construcción, pero se ve obligada a dejar su negocio en manos de una reemplazante. ¿Serán las llamas de su pasión su ruina financiera?

ACERCA DE LA AUTORA

Para saber más sobre la autora, Monique DuBois, visita www.matchscort.com